



1.

**Pandemia y colapso
capitalista. Una mirada
desde América Latina**



Pandemia y colapso capitalista. Una mirada desde América Latina

Por Daniel Inclán*, Sandy E. Ramírez**, Cristóbal Reyes*** y Josué G. Veiga****

Resumen: Este trabajo presenta algunos de los temas de un debate abierto sobre la naturaleza del tiempo presente, al que caracterizamos como colapso, para diferenciarlo de las crisis estructurales del sistema capitalista. Nos interesa resaltar que, en tiempos de la COVID-19, la catástrofe tiene largo rato expandiéndose en el mundo, por lo que es necesario hacer interpretaciones genealógicas que salgan de la trampa de lo novedoso. De manera específica, el texto resalta algunas de las trayectorias del colapso en América Latina. Derivamos así un análisis sobre las formas de gubernamentalidad en el contexto de colapso y las maneras en las que se actualiza durante la pandemia en América Latina.

Palabras clave: colapso en América Latina, capitalismo, pandemia, gubernamentalidad del colapso.

Pandemic and Capitalist Collapse. A View from Latin America

Abstract: This work presents some of the topics of an open debate about the nature of the present time, which we characterize as collapse, to differentiate it from the structural crises of the capitalist

* Investigador titular a del instituto de investigaciones económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigaciones Nivel I. Correo electrónico: ttessiss@gmail.com

** Maestra en economía y especialista en economía y el género por la Universidad Nacional Autónoma de México- Estudiante de doctorado en el Programa de Posgrado en estudios Latinoamericanos en la misma universidad. Correo electrónico: sanerag@gmail.com

*** Licenciado en economía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Magister en Estudios Latinoamericanos de la misma universidad. Profesor en la facultad de ciencias políticas y sociales de la UNAM. Correo electrónico: cristobal.reyesn@gmail.com

**** Licenciado en economía y especialista en economía ambiental y ecológica por la Universidad Nacional Autónoma de México. Estudiante de maestría en el programa de posgrado en Estudios Latinoamericanos en la misma universidad. Correo electrónico: josuegave@gmail.com

system. We are interested in emphasizing that, in times of COVID-19, the catastrophe has been expanding in the world for a long time, so it is necessary genealogical interpretations that overcome the trap of the novelty. Specifically, the text distinguishes some of the trajectories of the collapse in Latin America. From these, we analyze the forms of governmentality in the context of collapse and the ways in which it is happening during the pandemic in Latin America.

Keywords: collapse in Latin America, capitalism, pandemic, collapse governmentality.

Cómo citar este artículo: Daniel Inclán, Sandy E. Ramírez, Cristóbal Reyes y Josué G. Veiga. Pandemia y colapso capitalista. Una mirada desde América Latina. *Revista Controversia*, 216, 13-49.

Fecha de recepción: 24 de agosto de 2020.

Fecha de aprobación: 5 de noviembre de 2020.

Compartimos sólo un desastre lento

Me veo morir en ti, en otro, en todo

Y todavía bostezo o me distraigo

Como ante el espectáculo aburrido.

Se destejen los días,

Las noches se consumen antes de darnos cuenta;

Así nos acabamos.

Rosario Castellanos, Falsa elegía.

Los tiempos inciertos no empezaron con la pandemia de la COVID-19, solo se catalizaron. Quienes afirman que 2020 es el año de una nueva crisis reproducen un pensamiento exento de lectura histórica. Saliendo de la trampa del presente eterno y de la idea de una novísima crisis económica, hay suficientes elementos para afirmar que el actual escenario es una prolongación de la irresuelta crisis económica de 2008 (Chesnais, 2020a; Harvey 2020; Nadal, 2020). Pero es más que eso, es la manifestación del gran conflicto del que poco se habla en tiempos de la pandemia: el colapso de la sociedad industrial (su modo de reproducción de la vida material y su proyecto civilizatorio), que lejos está de haber iniciado en 2020.

La coyuntura creada a partir del virus SARS-CoV-2 es un umbral (Roy, 2020) que da cuenta de una transición que inició hace tiempo. No es el estreno de una nueva época, ni el fin de otra. Es una ralentización del tiempo, un parpadeo en el que se puede reconocer con toda claridad el colapso de la sociedad moderna. En este texto, inicialmente se presenta una aproximación analítica para entender la diferencia entre crisis y colapso. Luego se trazan algunas líneas generales que definen su trayectoria en América Latina. Posteriormente se exponen los escenarios de la gubernamentalidad que se construyen como respuesta al colapso acelerado por la nueva pandemia, resaltando algunos ejemplos paradigmáticos en América Latina. El objetivo central es hacer una crítica social de las transformaciones sistémicas en tiempos de la COVID-19, ofreciendo una lectura que vincule los cambios estructurales de la economía capitalista con las formas de control social, asumiendo que en el capitalismo está en juego tanto la concentración de la ganancia como el control del ejercicio del poder.

Parecido no es lo mismo: entre crisis y colapso

Hablar de crisis y colapso parecen dos maneras de enunciar lo mismo, con cierta diferencia de magnitud. Empero, son dos conceptos que lejos están de referir a la misma realidad. El sistema llega a su límite. Esta afirmación acompaña la historia convulsa del capitalismo, sistema que durante siglos ha enfrentado sus propias contradicciones para preservar su lógica central: la de la valorización del valor, que se traduce en concentración de las ganancias y control congregado del ejercicio del poder. Estamos ante un sistema social extraordinariamente maleable, capaz de adaptarse a costa de destruir su riqueza, convirtiendo a la crisis en una condición de su funcionamiento, que dependiendo de los contextos es determinada por factores internos —la relación capital-trabajo o la caída en la rentabilidad— o factores exógenos que se internalizan —los límites geográficos y tecnológicos de la producción—. Actualmente, lo que define la trayectoria del sistema es el colapso, es decir, una forma de (auto)destrucción de las bases materiales y sociales que lo hacen

posible, así como el agotamiento irreversible de los procesos a través de los cuales remontaba sus crisis. A pesar de su adaptabilidad y plasticidad, el capitalismo no puede recomponerse sistémicamente en las circunstancias actuales, su reproducción es cada vez más fragmentada, alejándose de las condiciones materiales y sociales que aseguraban su estabilidad.

Una primera distinción clave. La crisis refiere a un momento decisivo de separación, en el que un proceso se dirime entre opciones de mejora, retroceso o estancamiento; la situación divergente permite su análisis y, en cierto sentido, su superación. El término *crisis* se originó en la medicina hipocrática para señalar el momento en el que se pelea entre la vida y la muerte; instante en el que, al tiempo que se lucha, se analiza y se juzga. El uso moderno del término se modificó, hasta convertirse en un concepto fundamental para explicar tanto la realidad como la experiencia que se tiene de ella, cuya característica central es la de definir un tiempo convulso que puede o no ser superado (Koselleck, 2012).

En cambio, el colapso presupone una ruptura total, un *traspíe* que abate irremediamente el proceso. Mientras la crisis admite recomposición, en el colapso esa posibilidad está anulada. Sustantivo que deriva del verbo colapsar, cuyo sentido moderno se estableció en la medicina, para señalar la falla irreversible de algún órgano o sistema (Oxford, 2020). En el siglo xx se usó para explicar los procesos históricos de caída de grandes proyectos civilizatorios. En años recientes se amplió su uso para describir la actual coyuntura (Taibo, 2016; Servigne y Stevens, 2015).

A continuación, señalamos algunos de los elementos generales del colapso en curso, que permiten reconocer la imposibilidad del capitalismo para reproducirse sistémicamente; estos procesos dan cuenta de la (auto)destrucción de sus bases materiales y sociales. Lo que permitía un movimiento relativamente estable del modo de producción “específicamente capitalista” está en cuestión en los tiempos presentes.

Un primer elemento, es la tensión entre la sobreproducción y la sobreacumulación de capital, que se expresa: 1) como una creciente capacidad productiva inutilizada, un fenómeno que incluso es reconocido por medios liberales como *The Economist* (“Industry in China”, 2016); 2) en la incapacidad de absorber la masa de mercancías; y 3) en la dificultad para realizar inversiones que sean más rentables que las precedentes. “El verdadero límite de la producción capitalista lo es el propio capital”, como ya lo señaló Karl Marx (2011, p. 321). Ante esto, se recurre a prácticas como la reducción de la producción de mercancías en relación con la capacidad industrial instalada —incluso en industrias estratégicas—, intentando producir menos para atenuar la caída en los precios y en las ganancias para evitar que la plétora de capital crezca más (ej. los acuerdos para disminuir la producción petrolera). Estas salidas son limitadas, pues aun cuando liberan tensión para algunas industrias no logran generalizarse y atender el núcleo del problema: el exceso de capital en el conjunto del sistema económico. Exceso que no ha sido resuelto con la destrucción-creativa, como se verá adelante.

Otro mecanismo es el endeudamiento, que actúa como una palanca ante la sobreacumulación, al crear capacidad ficticia de consumo. La deuda ofrece una respuesta parcial y contingente, pero no soluciona el problema; por el contrario, permite una huida hacia delante que, al tiempo que posterga el estallido, lo vuelve más violento.

La deuda es una tecnología de poder de múltiples escalas: sirve para organizar y controlar la vida de millones de personas, al tiempo que determina la trayectoria de centenas de Estados que, ante el estancamiento económico y las crisis periódicas, tienen que recurrir a préstamos con todo tipo de instituciones financieras. El sistema financiero es una realidad compleja y abstracta que se superpone y condiciona a la economía concreta de las personas y los países. Es una moneda de dos caras: una destructiva, que bajo el argumento de la rearticulación horada las bases de la reproducción; y otra creativa, que al mismo tiempo que genera mecanismos de atracción social bajo la lógica de acceso

aparentemente irrestricto al consumo, tampoco logra resolver la sobreproducción y la sobreacumulación.

Como indicó Marx (2011), el reequilibrio del sistema se logra al inactivar y aniquilar capital, salida que está implícita en el desarrollo de los conflictos internos del sistema. Una solución parcial, pero de más largo aliento a los problemas que trae consigo la sobreacumulación, solo puede venir de una desvalorización en gran escala (con la quiebra masiva de empresas) o de la destrucción de capitales por medio de la guerra. En cuanto a la primera, en la crisis de 2008-2009 los Estados evitaron a toda costa la quiebra generalizada de empresas y bancos considerados demasiado grandes para quebrar (*too big to fail*). En relación con la segunda, las guerras recientes se realizan en zonas acotadas, por lo que no tienen un impacto amplio; una guerra de mayor escala implicaría la devastación de amplísimos territorios y, posiblemente, la aniquilación de la humanidad. Contrario a los momentos de crisis previos, en los que la desvalorización y la destrucción servían de base para ciclos renovados de estabilidad, hoy la escala de la destrucción de capitales y la desvalorización solo acelerarían el quebranto de las bases materiales y sociales que hacen posible la reproducción del sistema. El capitalismo está cortando las raíces del árbol sobre el que se sostiene.

Otra válvula de escape, no menos problemática, consiste en destinar el capital excedentario a la apertura de nuevos horizontes de valorización mediante la ampliación de la frontera tecnológica (apostando por la digitalización del mundo) y la extensión del reino de las mercancías (desde la extracción de materias primas en otros cuerpos celestes, hasta la modificación en gran escala de los procesos biofísicos de la Tierra para revertir el cambio climático con la geoingeniería). Asistimos a un círculo no virtuoso, definido por una búsqueda desesperada de salidas, lo que produce más atolladeros en el corto y mediano plazo. El avance de la tecnología digital organiza segmentos parciales de la producción (McKinsey 2015 y 2017), sin reestructurarla en su conjunto, ni mucho menos promover las transformaciones socioculturales necesarias para

una vuelta de tuerca tecnológica. Además, hay obstáculos para su generalización (ej. falta de infraestructura y bajos ingresos), lo que genera interrogantes sobre las capacidades para relanzar la acumulación de manera dinámica y reorganizar todo el sistema. Hasta ahora la esperada y elogiada cuarta revolución industrial no tiene lugar; no se logra ampliar las fronteras de la economía; por el contrario, alimenta los efectos adversos que contribuyen a la destrucción del ambiente.

A esto se suma una tensa relación entre el capital y el trabajo. A pesar de las especulaciones en la esfera financiera y de la creación de capital ficticio, el valor sigue siendo generado por la presencia del trabajo vivo en la producción: para que haya valor se requiere de la participación de personas trabajando. El problema es que cada vez se ocupan menos personas de manera directa en la producción de mercancías y son necesarias inversiones más cuantiosas para comprar la maquinaria con que trabajan. Ante la disminución del valor producido por el trabajo respecto del monto del capital invertido en la producción, una de las medidas más extendidas para elevar la ganancia es la reducción forzada de los costos de reproducción de la fuerza de trabajo mediante la disminución del salario, lo que genera una presión mayor en las actividades de reproducción que realizan mayoritariamente las mujeres, que son quienes resuelven los efectos de la pérdida del poder adquisitivo de este. Las crisis previas del trabajo se “resolvieron” al abrir nuevos espacios de participación, sobre todo en el ámbito informal y bajo nuevas formas de flexibilización; la incorporación de un amplio número de personas a actividades diversas permitió contrarrestar los efectos negativos de la reducción del poder adquisitivo del salario. En tiempos de colapso esa medida está agotada: desde hace décadas, el sistema es estructuralmente incapaz de absorber a la población trabajadora excedente; ni las nuevas formas de flexibilización y autoexplotación alcanzan para que el trabajo vivo participe masivamente en la producción de valor, lo que genera un horizonte inédito sobre el papel de las tareas reproductivas y de cuidados para contener los efectos de una expulsión masiva de personas del acceso al salario y con ello la posibilidad de acceso al mercado.

Asistimos a un escenario social en el que el poder (patriarcal) del salario se reduce y se desnuda la violencia machista (que en tiempos de pandemia se radicaliza).

Una consecuencia adicional de la caída de la participación de los salarios en la riqueza social es la falta de dinamismo del consumo. Esto no quiere decir que las personas consuman menos que antes, sino que no consumen a la velocidad necesaria para realizar los millones de mercancías que giran en el mundo esperando ser compradas. Ante esta debacle aparece la reiterada fuga hacia delante de los últimos cincuenta años: el crédito, mediante el cual se imponen políticas económicas y sociales a los deudores (Jappe, 2011; Lazzarato, 2015; Toussaint, 2020a). Si las personas no pueden adquirir mercancías a la velocidad necesaria, se les ofrece el endeudamiento, un mecanismo económico y de control social. La deuda acepta la maquinaria de la valorización al crear capacidad ficticia de consumo (tanto productivo como individual); pero esto no puede ampliarse indefinidamente y en algún momento la burbuja estalla. La explicación está en la tendencia a la desmesura del sistema (Jappe, 2019), que en tiempos de colapso se acelera; incluso en el encierro provocado por la pandemia, el consumo de bienes y servicios logró trasladarse al ámbito virtual: en una combinación entre el capitalismo digital y el endeudamiento posibilitado por la “inclusión financiera”, el crecimiento del comercio virtual está en la base de las descomunales fortunas de un puñado de capitalistas.

El colapso contemporáneo también implica la disminución acelerada de la complejidad del sistema social, a un punto en el que las necesidades básicas (alimentación, vivienda, salud) son cada vez más difíciles de satisfacer. A esto se suma el daño a los ecosistemas, originado por las dinámicas productivas y destructivas, lo que complica la posibilidad de construir bases materiales para compensar las necesidades fundamentales (Servigne y Stevens, 2015). El colapso no tiene resolución en el marco de la lógica que lo generó, a diferencia de la crisis. Más allá de la respiración artificial con la que se intenta reanimar al sistema,

la implementación de políticas económicas de rescate a grandes accionistas, bancos y empresas no son suficientes, porque son el resultado irreversible de la lógica sistémica: convertir en mercancías el mayor número de existencias posibles, concentrar la ganancia en pocas manos y centralizar el ejercicio del poder; mecanismos que se ocultan bajo eufemismos y tecnicismos, como desarrollo, progreso, bienestar.

Una más de las determinaciones imposibles de resolver es la catástrofe climática (Moore, 2015), que se expresa, entre otras cosas, por: la extinción de especies; una alteración radical de las interacciones de los ecosistemas que desborda umbrales de ciertos procesos químico-físicos para su reproducción (Steffen, et al., 2015); una transformación de las condiciones atmosféricas, resultado de los gases de efecto invernadero; la acidificación de los mares; y una serie aún no clara de cambios con efectos impredecibles (Intergovernmental Panel on Climate Change, 2014). Muchos de estos procesos son irreversibles. La destrucción del ambiente produce cada nueva temporada un récord de sequías, de incendios, de inundaciones, de extinciones, etc. La relación parece “estable”, pero si se mira con detalle son cada vez más las personas que entran en condición de supervivientes, en situaciones de precariedad material, simbólica e histórica. Para esos millones de personas, el colapso no es algo por venir, ya está sobre sus cuerpos.

Se suma una crisis energética que pone en jaque a toda la lógica de producción, que hasta ahora depende de los combustibles fósiles, sin posibilidades cercanas de una reconversión (Angus, 2016). Esta dimensión es clave en los momentos de expansión del nuevo virus (y de los virus por venir), ya que hay una relación directa entre la destrucción de las fronteras biológicas y la expansión de la zoonosis.

Al cóctel hay que agregar procesos sociales inéditos, como el enorme flujo migratorio, que además de presentar el problema de desplazamiento, acogida e instalación de millones de personas, presupone una dimensión cultural, social y afectiva que demanda otro tipo de interacciones

colectivas. Se puede añadir otra determinación —que se hace evidente con mayor fuerza en el contexto de la pandemia de la COVID-19—, la crisis sanitaria, que se caracteriza por: la emergencia de padecimientos desconocidos; el aumento de personas con enfermedades crónico-degenerativas; la creciente contraproductividad de los procedimientos médicos, que atendiendo padecimientos singulares producen efectos secundarios.

El colapso se completa con el fin de las tendencias seculares que definieron la estabilidad en la trayectoria del sistema durante los dos últimos siglos, los siglos del esplendor capitalista (Hopkins y Wallerstein, 1996; Wallerstein, 2015). Ya no funcionan de manera satisfactoria para todos los espectros del poder corporativo, la conciliación entre el capital y el trabajo, las políticas impositivas, la participación estatal para defender los monopolios (ahora más transnacionales que nunca); a lo que se agrega el descrédito de las estructuras políticas y de saber que permitieron el auge de la modernización.

A contracorriente emergen proyectos que llaman al fortalecimiento del Estado como una vía para gestionar los límites del sistema, recordando los Estados keynesianos. Estas soluciones se enfrentan al estrangulamiento de las ganancias en la fase actual de la acumulación de capital. El restablecimiento de los estados de bienestar minaría las ganancias, al punto en que el capitalismo ya no sería atractivo ni siquiera para los propios capitalistas (Wallerstein, 2015). A esto se suma la disputa en curso por la hegemonía y el liderazgo tecnológico (cuyos principales agentes son Estados Unidos y China), así como la fractura política mundial que impide un pacto político general (o al menos entre las principales potencias) que administre el exceso de capital global. Las propuestas proinstitucionales olvidan que los Estados mutan aceleradamente hacia formas inéditas de control de territorios y gestión de poblaciones.

El colapso en América Latina

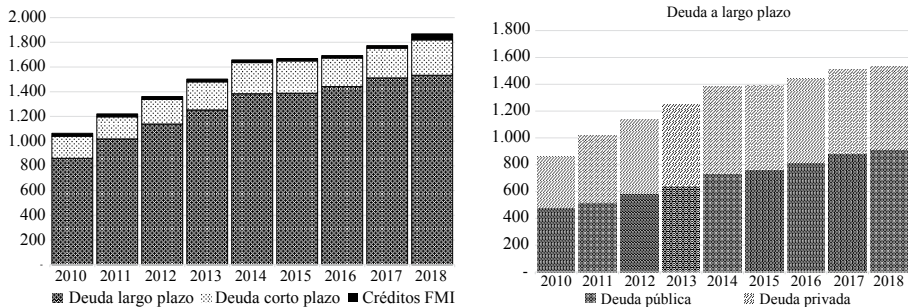
En América Latina las señales del agotamiento ya estaban presentes antes de la COVID-19. Algunas industrias ya mostraban signos de estancamiento y baja rentabilidad; a nivel global destaca la industria automotriz, emblema del desarrollo industrial (Chesnais, 2020a; Toussaint, 2020b), con impactos concretos en la región (Comisión Económica para América Latina [CEPAL], 2020a). Este es solo uno de los componentes más visibles; la crisis actual arrastra problemas de excedentes de capital financiero y capital productivo no resueltos desde 2008. El problema de sobreproducción se postergó con la intervención de los gobiernos para rescatar empresas y de los bancos centrales para “limpiar” los sistemas financieros de sus “activos basura” (bajas tasas de interés interbancarias y medidas conocidas como flexibilización cuantitativa). A esto se sumó la actividad de China en América Latina y el incremento del endeudamiento (Chesnais, 2020a). Después de la solución parcial a la crisis de 2008 continuaron algunas tendencias, como el alza de los activos financieros globales por encima del crecimiento de la economía no-financiera, de la mano de la institucionalización (“normalización”) de la emisión masiva de deuda tanto pública como privada (Chesnais, 2020b).¹

El escenario que se abre por la nueva pandemia en América Latina es producto de las transformaciones neoliberales. Durante 1970 y 2012 la deuda externa se multiplicó por 165, transfiriendo “a sus acreedores un total de 3,253 billones de dólares” (Toussaint, 2020c). Esta tendencia no cambia. Tal como muestra la gráfica 1, la deuda externa aumenta en sus principales agregados en los últimos años.

Del total de la deuda externa, el sector público es la partida principal; pero los compromisos de empresas, bancos y otras instituciones financieras

1 Según el *Global Debt Monitor*, la acumulación de deuda supera el crecimiento del ingreso mundial, alcanzando niveles récord. En el primer trimestre de 2020, el acervo de deuda global superó los 258 billones de dólares, más de 331 % del PIB mundial (Institute of International Finance, 2020).

Gráfica 1. Stock de la deuda externa en América Latina y el Caribe, 2010-2018 (miles de millones de dólares)



Fuente: International Debt Statistics, World Bank Group (2020).

Notas: 1. Se incluyen: Argentina, Belice, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Cuba, Dominica, República Dominicana, Ecuador, Granada, Guatemala, Guyana, Honduras, Haití, Jamaica, Santa Lucía, México, Nicaragua, Perú, Paraguay, El Salvador, Suriname, San Vicente y Granadinas y Venezuela. 2. La deuda externa privada comprende obligaciones de deudores privados que no están garantizados para el reembolso por parte de una entidad pública.

privadas alcanzaron 49% de esta entre 2011 y 2013. En casos extremos, como Brasil, el endeudamiento privado con el exterior alcanzó 74% en 2011. Entre 2011 y 2018 el endeudamiento en la región creció 4.3 veces más rápido que el valor de la riqueza producida, medida por el PIB. Por mencionar algunos casos: la deuda externa en Colombia creció a una tasa media anual de 10.2%, en México la tasa fue de 8.9%, mientras que en Brasil y Argentina superó el 7%.

El pago de la deuda externa implica sacrificar recursos y recortar presupuestos para necesidades estratégicas como salud, educación o infraestructura. En América Latina los sistemas de salud padecen políticas de “austeridad presupuestaria” (reducción de inversión pública en infraestructura, falta de equipo médico, congelamiento de la contratación de personal especializado, etc.); al mismo tiempo y como consecuencia, se incentiva la privatización del sector. Según la CEPAL (2020b),

en El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá y República Dominicana el gasto en salud de los gobiernos centrales es menor que el pago de intereses de la deuda.

El alto nivel de endeudamiento anuncia el escenario del impago; por ello los Estados latinoamericanos, como los del resto del mundo, aseguran la liquidez mediante más préstamos y créditos: una política de “regalar dinero” (“Governments must”, 2020; CEPAL, 2020a). Sin la certeza de pagos en tiempo y forma, se abre un panorama inédito entre bancos y Estados, creando escenarios de compromisos que no reparan en empobrecer a millones de personas con el fin de asegurar los pagos, aun sabiendo de los efectos sociales negativos que tal circunstancia genera. Basta mirar el laboratorio social en que han convertido a Argentina.

Otro elemento que no se puede perder de vista para pensar los efectos del colapso y su relación con la pandemia es la destrucción del ambiente, que en América Latina se expresa con una singular aceleración. El modelo de economía primaria no solo no se detuvo, sino que se incrementó en zonas importantes del continente, porque las actividades de este sector fueron consideradas como estratégicas desde el inicio de las políticas de confinamiento (Teran-Mantovani, 2020). Esta política económica abona a la destrucción acelerada del ambiente, a la descomposición de las relaciones sociales y al rediseño estratégico de territorios.

Las causas más importantes del surgimiento de virus infecciosos en las últimas décadas son: 1) la urbanización descontrolada; 2) la ampliación de la frontera agropecuaria; y 3) la cría masiva de animales en meggranjas (Wallace, 2016; Ribeiro, 2020; Davis, 2020; Wallace et al., 2020). Estos procesos implican alteraciones en los socioecosistemas: las especies silvestres se mezclan con especies domésticas, lo que propicia la mutación y transmisión acelerada de los patógenos. Adicionalmente, la creciente ganadería industrial genera condiciones para que los virus muten y se transmitan a los humanos. América Latina no es ajena a los procesos que provocan el surgimiento de epidemias y pandemias

zoonóticas, a pesar de que solo se tiene reportes de la influenza AH1N1 originada en granjas porcícolas en México, en 2009.

Todas las condiciones para que surjan más procesos zoonóticos están puestas sobre la mesa. Destaca el crecimiento de las ciudades en América Latina, que tiene procesos de urbanización acelerados y descontrolados. Según la Organización de las Naciones Unidas (United Nations Department of Economic and Social Affairs Population Division, 2019), en 1950 el 41.3% de la población de América Latina y el Caribe vivía en zonas urbanas; en 2018, esta cifra aumentó a 80.7%. Es la región del mundo con un mayor porcentaje de su población concentrada en megaciudades (áreas urbanas con más de 10 millones de habitantes).

A la creciente urbanización se suma la deforestación debida a la expansión de la frontera agropecuaria. Según la Food and Agriculture Organization of the United Nations (FAO, 2016), América del Sur fue la región que en la década de 2000 a 2010 registró la mayor pérdida de superficie forestal en el mundo. En Argentina, Brasil, Paraguay y Perú se perdieron 29.8 millones de hectáreas de bosques —una superficie superior a la de Ecuador—, con lo que la superficie agrícola aumentó en 32 millones de hectáreas —superficie similar a la de Noruega— (FAO, 2016). El caso de Brasil es emblemático, por la gravedad de la destrucción del ambiente y la pérdida de biodiversidad implicadas en el proceso: en la Amazonía brasileña —una de las regiones más biodiversas del mundo—, 70% de la pérdida de bosques tropicales desde 1970 es provocada por su conversión en tierras para el pastoreo de ganado bovino y, principalmente, para el monocultivo de soya (Rosengren y Seeberg-Elverfeldt, 2011). La modificación en el uso de suelo amazónico agrava el cambio climático, al destruir un sumidero natural de carbono y aumentar las emisiones de gases de efecto invernadero por las emisiones de metano del ganado bovino. A lo que hay que agregar los efectos sociales por la sustitución de la agricultura tradicional de subsistencia (y de los modos de vida vinculados a ella) por la agroindustria transnacional. En los últimos meses estos niveles se han modificado, resultado de los efectos de los

imparables incendios en la Amazonia, de la *sui géneris* temporada de lluvias y su correlato de sequías en todo el continente, lo que en 2020 generó desastres económicos y sociales que, junto con el del coronavirus, prefiguran escenarios de caos.

Otro factor de relevancia es la participación de América Latina en la producción de carne animal en las grandes granjas industriales (donde surgen las “grandes gripes”). La región participa de este proceso de manera directa e indirecta: directa, al ser una de las principales productoras de cárnicos; indirecta, porque en ella se produce una parte significativa de los cultivos con que se alimenta a los animales de cría en todo el mundo (en especial la soya). El subcontinente es un eslabón clave en las cadenas mundiales de producción de la industria agroalimentaria —controladas por grandes corporaciones transnacionales— por la baratura de la fuerza de trabajo y la tierra, así como por las regulaciones ambientales laxas o inexistentes.²

Según datos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos (USDA), en 2019 en Brasil —el mayor productor de carne del subcontinente— se produjeron 10.2 millones de toneladas de carne bovina (segundo país con mayor producción mundial, solo después de Estados Unidos), 3.9 millones de toneladas de carne de cerdo (tercer país productor más importante, después de Estados Unidos y China) y 13.7 millones de toneladas de carne de aves (tercer mayor productor, después de Estados Unidos y China). En 2019, Brasil fue el mayor exportador de carne bovina y de carne de aves en el mundo, con 2.3 millones de toneladas y 3.8 millones de toneladas, respectivamente. Otros importantes países productores de carne en el subcontinente son México (2 millones de toneladas de carne bovina y 3.6 millones de toneladas de carne de aves)

2 Una proporción importante de la soya y otros cultivos producidos en América Latina se destinan a la alimentación animal en megagranjas industriales distribuidas por todo el mundo. Según la Fundación Heinrich Böll, “tres cuartos del total de tierras de cultivo [en el mundo] se utiliza para producir forraje de alguna manera” (2014, p. 37).

y Argentina (3.1 millones de toneladas de carne bovina y 2.2 millones de toneladas de carne de aves).³

Una consecuencia de la ganadería industrial en gran escala en Brasil es la enorme concentración de ganancias y poder corporativo: en 2012, tres de las mayores empresas productoras de carne en el mundo eran brasileñas: JBS (número 1 por ingresos a nivel mundial: 38.7 mil millones de dólares), BRF (lugar 4; con ingresos por 14.9 mmd) y Marfrig (lugar 8; ingresos por 12.8 mmd), de acuerdo con datos de la Fundación Heinrich Böll (2014).

América Latina también participa de manera mediata en la producción de granjas industriales, al ser una de las principales regiones productoras y exportadoras de la soya con que se alimenta a los animales. Según información de USDA, en 2019 Brasil fue el mayor productor mundial de frijol de soya, con una producción de 126 millones de toneladas; ese mismo año, en Argentina se produjeron 50 millones de toneladas y en Paraguay 9.9 millones de toneladas. En conjunto, estos tres países de América del Sur representaron 55% de la producción mundial de soya en 2019. Los tres países exportan dos terceras partes del total mundial: en 2019, Brasil exportó 89 millones de toneladas (55.8% del total mundial); Argentina, 9 millones de toneladas (5.6%); y Paraguay, 5.9 millones de toneladas (3.7%). De acuerdo con el Banco Mundial, el frijol de soya fue el segundo producto de exportación más importante de toda América Latina, solo después del petróleo; en 2018, las exportaciones de este producto ascendieron a 37 mil 325 millones de dólares.⁴

Una parte importante de la reproducción social en América Latina depende críticamente de la producción y exportación de soya y de productos cárnicos. Al igual que en el mundo, en América Latina las

3 Los datos citados de USDA fueron consultados en <https://apps.fas.usda.gov/psdonline/>.

4 <https://wits.worldbank.org/CountryProfile/en/Country/LCN/Year/2018/Summary>

vulnerabilidades ecológicas, epidemiológicas y económicas están interrelacionadas (Foster y Suwandi, 2020): entre la deforestación de los bosques tropicales, el monocultivo agroindustrial y las meggranjas (donde surgen los virus más recientes) existe un vínculo ineludible. Visto de manera global, la etiología de las recientes epidemias, las cadenas de producción agroindustriales y la destrucción del ambiente y la biodiversidad son dimensiones de un mismo proceso: la destrucción de las bases cualitativas de las formas de vida social y natural por la lógica de la ganancia. No se trata de un simple desajuste del sistema; evidencia al mismo tiempo su lógica y su agotamiento.

Gobernar el colapso, gobernar a través del colapso

Durante siglos se logró domesticar la contingencia. En los últimos cien años mediante dos grandes procesos: primero con proyectos políticos para las nuevas masas urbanas en el marco de la guerra fría; después con el endiosamiento del mercado, en el auge del neoliberalismo. Hoy el control de la contingencia es a través de la guerra. Si bien la guerra siempre está ahí para definir y defender la lógica del sistema, hoy se vuelve el mecanismo generalizado de la gubernamentalidad (Agamben, 2017); todos los conflictos nodales son reclasificados para volverlos asuntos militares: el cambio climático, las migraciones, la escasez de recursos y la lucha contra la COVID-19. La guerra se disemina y se hace capilar, al tiempo que adapta las nuevas tecnologías digitales para reforzarse. La guerra contra el SARS-CoV-2 es la última fase de expansión de la guerra social (Agamben, 2020a).

Si el colapso no tiene solución, una alternativa es gestionarlo, imprimirle una dirección, para asegurar la continuidad de la lógica de acumulación y generar beneficios concentrados, redefiniendo el poder de los grandes capitales. La gubernamentalidad contemporánea encuentra en la pandemia de la COVID-19 una razón aparentemente incuestionable; presenta dos caras de la misma moneda: una defensa abstracta de la vida, que se contrapone con las múltiples maneras de despreciar

y vulnerar las existencias concretas. El objetivo: alimentar la imparable maquinaria económica. Al tiempo que se movilizan recursos y reorganizan dinámicas sociales para “salvar” vidas en el marco de la pandemia, se crean cortinas que hacen invisibles las miles de muertes que se acumulan año tras año como resultado del colapso. Paralelamente se construyen las condiciones para un reacomodo del poder de clase y el papel dominante de las corporaciones transnacionales (bancos, farmacéuticas, corporaciones digitales). En medio de la pandemia avanza sin barreras el poder de las corporaciones transnacionales.

El virus existe, es peligroso, se necesitan medidas urgentes; pero también es el escenario para experimentar mecanismos de ingeniería social, de novedoso control de territorios y gestión de poblaciones. Después de meses de encierro (eufemísticamente llamado distanciamiento social), de disolución de las fronteras entre lo público y lo privado, de la reducción de la diversidad del mundo a una sola verdad (la médica), quedarán legados que se convertirán en prácticas seculares de control social (Agamben, 2020b).

Si no se mira críticamente la reacción médica y sus implicaciones sociales, hay dos opciones: 1) asumir que por primera vez los Estados actúan en beneficio de los pueblos, y que estamos en la antesala de la superación del capitalismo por la vía estatal; 2) reconocer que sin importar las consecuencias de control social que se generen a futuro, es necesaria y deseable la respuesta concentrada en las instituciones. La primera perspectiva es insostenible, lo señalan varios gobiernos: es ineludible reactivar la economía y para ello se requieren sacrificios —miles o millones de personas muertas por COVID-19—. Lo que demuestra que los Estados no dejan de privilegiar la reproducción del capital por sobre la reproducción de las vidas concretas. La segunda perspectiva es también cuestionable, basta mirar los cada vez mayores esfuerzos colectivos para enfrentar a la enfermedad y sus consecuencias, demostrando el alcance limitado y selectivo de las instituciones médicas, así

como el peso creciente de la autoorganización y ayuda mutua como medios de respuesta a las incapacidades estatales.

Estamos ante una gubernamentalidad mundial sostenida por una verdad médica que se ejecuta bajo la forma de guerra. En este proceso la figura del Leviatán se transforma para adquirir una imagen planetaria con configuraciones locales; es, al mismo tiempo, un poder que se despliega sobre territorios acotados y una “estrategia” mundial con un argumento universal que parece incuestionable, a pesar de producir efectos diferenciados por geografía, por género, por edad, por clase, por identidad cultural.

De ahí que se pueda hablar de un Leviatán médico, la contracara del estado de excepción mundial. Hoy son las dos operaciones del poder soberano: una irrefutable razón común (la defensa de la vida abstracta ante un virus universal) y la suspensión de las certezas sociales en defensa de la sociedad abstracta. Parece que el cuerpo de la humanidad es el cuerpo de la soberanía médica, del Leviatán que se erige para combatir y resolver los problemas de la catástrofe sanitaria. La humanidad desaparece, deja de habitar el mundo, porque es el Leviatán médico el que gobierna y decide el sentido de las existencias (desde las acciones más minúsculas, hasta las articulaciones macro). La humanidad es objeto de deberes, sacrificios y renunciaciones homogéneas en aras de defender la vida —la del sistema capitalista, el mismo que generó las condiciones para la existencia de una pandemia tan compleja—.

América Latina no escapa a esta deriva. Por un lado, la pandemia sirve para experimentar formas novedosas de control social, al mismo tiempo que es un mecanismo para reorganizar las disputas políticas nacionales. Los ganadores, como en el resto del mundo, son las grandes fortunas, que a diferencia de las tendencias de crecimiento negativo y empobrecimiento generalizado se encuentran en fase ascendente.

En la mayoría de los países se experimentan formas particulares para gobernar a través del colapso; hay tres que construyen escenarios *sui generis*. Dos de ellos, las mayores economías de la región, Brasil y México, se caracterizan por decisiones contradictorias, que al inicio de la pandemia negaban su magnitud y ofrecían salidas metafísicas; por otro lado, está uno de los países más pauperizados, El Salvador, en el que se toman medidas militarizadas para controlar a las poblaciones antes que a la pandemia.

En El Salvador, uno de los países más pobres y con mayor violencia en América Latina, quedó al desnudo la gubernamentalidad del colapso por dos vías. En primer lugar, la estatal; en segundo, la producida por las pandillas. A contracorriente de los gobiernos que se negaban a tomar medidas por la pandemia, el gobierno del presidente Nayib Bukele decretó el estado de excepción, antes de que se confirmara el primer caso de contagio por SARS-COV-2. El 14 de marzo se aprobó la *Ley de restricción temporal de derechos constitucionales concretos para atender la pandemia COVID-19*, para prohibir el ingreso a los extranjeros no residentes porque “suponían un peligro”; paralelamente se declaró la suspensión de la libertad de tránsito y del derecho a reunirse. El 21 de marzo todo el territorio nacional era zona de control sanitario y de cuarentena domiciliar obligatoria (Gobierno de El Salvador, 2020a).

El Ministerio de Salud, la autoridad máxima en la contención de la pandemia, se apoyó en la Policía Nacional Civil (PNC) y la Fuerza Armada para garantizar el cumplimiento de las medidas dictadas (Gobierno de El Salvador, 2020b). “No se trata de vacaciones, sino de un Estado de Emergencia y de Excepción”, escribió Bukele en su cuenta de Twitter. La cuarentena obligatoria definió cuáles eran los cuerpos en el espacio público (cuidadoras, cuerpos policíacos y militares, profesionales de la salud, funcionarios públicos), sus horarios y sus rutas; también elaboró un dispositivo de disciplinamiento y vigilancia social para

regular sus movimientos.⁵ Aquellas personas que no pudieron justificar su presencia en las calles fueron detenidas y llevadas a “centros de contención” controlados por el Ministerios de Salud, bajo la sospecha de estar contagiadas.

Se reconoce la lógica militar detrás de estas disposiciones: toda persona en la calle sin justificación era un enemigo potencial (un contagiado potencial).⁶ Como en la guerra civil, se pidió el compromiso colectivo para denunciar los casos confirmados y sospechosos de COVID-19 ante las autoridades médicas, para permitir el acceso a las viviendas y revisar que se cumpliera con las medidas sanitarias, en especial el encierro domiciliario, cuya violación equivalía a perder el apoyo económico que el gobierno ofreció a cada vivienda (Gobierno de El Salvador, 2020b).

La guerra contra la pandemia sirvió también para degradar la vida de los “desobedientes”. Los centros de contención se volvieron puntos de contagio y limbos jurídicos (fueron declarados violatorios de los derechos humanos por la Suprema Corte de Justicia el 8 de abril). En la opacidad de su operación no se respetaron los tiempos establecidos para un posible contagio (30 días) y menos los de una detención administrativa (72 horas). Los detenidos se quejaron de no recibir los resultados de la prueba para detectar la presencia del virus, y a otros ni siquiera se les aplicó (Human Right Watch, 2020; Rauda, 2020).

A esto se le suma la gubernamentalidad construida por las pandillas y una enorme red de corrupción (International Crisis Group, 2020). Para garantizar que la gente no saliera a la calle, las pandillas más grandes del

5 Los trabajadores debían portar una identificación de la empresa donde laboraban y una carta de autorización de su patrón para desplazarse desde su casa a su lugar de trabajo, con detalle de su horario.

6 El ministro de Defensa, René Merino, dijo sobre las detenciones: “Uno detecta cuando le están mintiendo [al estar en la calle sin justificación]. Se nota cuando la persona está mintiendo. Así hemos detectado bastantes y al final han dicho que sí” (Rauda, 2020).

país —Mara Salvatrucha 13, Barrio 18 revolucionarios y Barrio 18 sureños— declararon toques de queda, repartieron alimentos e implementaron castigos corporales a quienes violaran sus restricciones (Martínez y Martínez, 2020). A diferencia de las fuerzas policíacas y militares, las pandillas establecen un fuerte control territorial sobre sus comunidades, por lo que conocen a las personas, donde viven y sus rutinas: quien no cumpliera la cuarentena era rápidamente identificado y castigado.

Paralelamente al disciplinamiento militar y paramilitar se instrumentó el control crediticio. El gobierno solicitó préstamos a tres organismos internacionales: el Fondo Monetario Internacional (389 mdd), el Banco Interamericano de Desarrollo (250 mdd) y el Banco Mundial (20 mdd), que equivalen a 3% del PIB de 2019. El endeudamiento está condicionado al compromiso del gobierno de “reducir el déficit fiscal, focalizar la inversión pública en áreas de alta relevancia para la reactivación económica y mantener una economía competitiva y transparente, una vez que se supere la emergencia sanitaria” (Banco Interamericano de Desarrollo, 2020). Además, la Asamblea Legislativa aprobó la emisión de deuda por 2 mil millones de dólares. Aunque una parte de estos préstamos estará destinada a recomponer el precario sistema de salud del país, el plan de reactivación económica contempla la exención del pago de agua, electricidad, internet y del impuesto sobre la renta para las personas físicas y morales, así como el otorgamiento de créditos, privilegiando al sector privado. Esta receta marca la dependencia y precariedad económica que llevó al país a ser considerado uno de los más violentos del mundo (61.8 homicidios intencionales por cada 100 mil habitantes) y asegura la ampliación de la desigualdad social.

En el otro lado del continente, en medio de los escándalos por la renuncia de dos ministros de Salud, las medidas desiguales de los gobiernos estatales y la actitud desafiante de Jair Bolsonaro, que llama a abandonar el confinamiento a pesar de la expansión de la COVID-19, la gestión de la pandemia en Brasil pone en evidencia la desigualdad social y económica, así como el racismo (Milanez y Vida, 2020).

Posicionado como el segundo país en el mundo más afectado por la pandemia, con casi 2.5 millones de casos confirmados por COVID-19 y más de 87 mil muertes (al 28 de julio de 2020), también es uno de los que registra las mayores tasas de letalidad en poblaciones marginadas, como negros, mulatos e indígenas.⁷ Entre las poblaciones negras y mestizas, la pandemia se propaga con mayor rapidez y letalidad. Entre el 11 y el 26 de abril de 2020, las muertes de personas negras se incrementaron 5.1 veces y las de las blancas, casi 3 veces (Muniz, Fonseca y Pina, 2020). Este ritmo se aceleró entre el 26 de abril y el 23 de mayo del mismo año, al llegar a 7.2 y 4.5 veces, respectivamente. Asimismo, un estudio realizado con 30 mil pacientes de todo el país encontró que 55% de las personas que habían muerto por agravamiento de la COVID-19 eran negros, 38% blancos y el resto mestizos. La escolaridad de los pacientes, como indicador del estrato socioeconómico, también mostraba enormes disparidades: un paciente negro analfabeto tiene casi cuatro veces más probabilidades de morir que un blanco universitario (Phillips, 2020). Estas diferencias se explican por la desigualdad en los ingresos y las condiciones de vida, pero también porque cerca de 70% de la población negra depende del Sistema Único de Salud, un servicio público y universal, pero con restricciones presupuestarias, de infraestructura y de personal (Muniz, Fonseca y Pina, 2020). La concentración de la riqueza también aumentó con la expansión de la pandemia. Mientras se esperaba que en 2020 el número de desempleados alcanzara los 16 millones, 42 multimillonarios brasileños aumentaron sus fortunas en 34 000 millones de dólares entre marzo y julio (Ruiz, 2020).

De otro lado, la violencia estructural sobre la población afrodescendiente, objeto de políticas de exterminio ejecutadas por las fuerzas estatales, no se detiene en la pandemia. Entre enero y abril de 2020, la policía de São Paulo asesinó a 381 personas en las favelas —alrededor de una persona cada 7.5 horas—. Esta cifra es 30% mayor a la de 2019. En Río de Janeiro, en los primeros cinco meses de 2020 se asesinaron a 741

7 Los datos nacionales pueden consultarse en <https://coronavirus.jhu.edu/map.html>

personas, un incremento anual de 1 % (Goodwin, 2020). Ambos estados también registran las mayores tasas de letalidad por COVID-19 en los barrios mayoritariamente negros (Muniz, Fonseca y Pina, 2020).

La violencia institucional se evidenció con la exclusión de los más necesitados de la ayuda económica por el confinamiento. El 2 de abril de 2020 entró en vigor la *Ley de ayuda de emergencia* que preveía un apoyo mensual de 600 reales (alrededor de 116 dólares) hasta por tres meses para empleados informales, de bajos ingresos o pequeños empresarios. Para solicitar y recibir el subsidio era necesario utilizar una aplicación para teléfonos móviles, dispositivo del que carecían muchas personas con bajos ingresos, por lo que tuvieron hacer largas filas para obtener los formularios y luego para cobrar el dinero, aumentando el riesgo de contagio. Además, se comprobó que 396 mil personas “equivocadas” recibieron la ayuda gubernamental por supuestas fallas de la aplicación, entre esas estaban militares, servidores públicos y gente con altos ingresos (Estadão, 2020).

La pandemia también dejó al descubierto el desprecio por las comunidades indígenas. Movimientos agrupados en la Articulação dos Povos Indígenas do Brasil (APIB) denunció que el Ministerio de Salud subestima los casos de contagios entre los indígenas y que no se toman medidas para evitar que la pandemia crezca en sus territorios (se acusó que los médicos enviados a estas comunidades son foco de contagio).⁸ Según los datos de las autoridades sanitarias, en tierras indígenas había 14,647 contagios confirmados por SARS-COV-2 y 269 muertes al 28 de julio de 2020, pero la APIB contabilizó en el mismo periodo 19,342 casos positivos y 588 fallecimientos en 145 pueblos. Paralelamente a esta rápida expansión de la COVID-19 en pueblos indígenas, se avanzaba sobre la apropiación de sus tierras. El 22 de abril se aprobó una normativa que permite el registro y la venta de inmuebles en las tierras indígenas no homologadas (Instrução Normativa número 9), alrededor

8 <https://COVID19.socioambiental.org/>

de 9.8 millones de hectáreas de 237 reservas en 24 estados. Amazonas y Mato Grosso do Sul son los dos estados más afectados, donde los agronegocios, las mineras y la tala ilegal amenazan constantemente la existencia de los pueblos y los ecosistemas. Esta normativa refleja los intereses de los agroempresarios, de la mano de los funcionarios públicos que la elaboraron y que se benefician bajo el mandato de Bolsonaro (De Freitas Paes, 2020).

En el norte de América Latina, el gobierno mexicano construyó escenarios ambiguos para el tratamiento de la pandemia. Por un lado, el presidente Andrés Manuel López Obrador, que todos los días ofrece una conferencia matutina desde que asumió la presidencia en diciembre de 2018, manifestó sus dudas sobre la complejidad del nuevo virus. Incluso llegó a afirmar que amuletos religiosos eran suficientes para detener los contagios.⁹ Esto generó una serie de críticas, que continuaron para cuestionar otras declaraciones del presidente: como afirmar que la epidemia iba a ser corta y no afectaría a la población mexicana; como continuar con la vida diaria sin miedo; como cuestionar las cifras de contagios y decesos. Al mismo tiempo, se preparaba un comité de especialistas en epidemiología, infectología y virología para redactar las medidas de prevención y, en especial, de reconversión hospitalaria. En este grupo se construyeron escenarios adversos, asumiendo que las condiciones del sistema médico en el país vivían cuarenta años de abandono; al tiempo que se contaba con una población en pésimas condiciones de salud, resultado de una dieta alta en carbohidratos y de una vida sedentaria. Las comunicaciones del grupo de expertos fueron opuestas a las del presidente, por lo que tuvieron que matizarse y alinearse a las previsiones gubernamentales. A lo largo de la pandemia esto ha generado confusión en la población tanto respecto a las medidas sanitarias como al uso de cubrebocas o las medidas de movilidad.

9 Todas las conferencias mañaneras y declaraciones en giras de trabajo pueden consultarse en: <https://lopezobrador.org.mx/>

México optó por un modelo nacional no punitivo: no hay restricciones a la movilidad, no hay uso obligatorio de cubrebocas, no hay control de horarios, etc. Pero como es una federación, son los estados los que establecen las medidas de coerción y control, lo que se traduce en lógicas muy diversas a lo largo del país. Las medidas son laxas, en casos como el de la Ciudad de México, y punitivas, como en el estado de Jalisco (donde la policía detuvo, torturó y asesinó a una persona por no portar cubrebocas); en otros estados como Guanajuato o Aguascalientes hay detenciones y abusos policiacos por no usar el cubrebocas. En decenas de municipios se imponen toques de queda y controles a la movilidad. En casi todo el país proliferan los abusos policiacos durante la pandemia (Pérez Correa, 2020).

En cuanto a las medidas económicas, el gobierno federal optó por una solución “heterodoxa”: en lugar de políticas contracíclicas, centradas en apoyar a las grandes empresas con préstamos y estímulos fiscales, dispuso créditos para las pequeñas empresas y apoyos directos a las familias más pobres. Paralelamente redujo el gasto público en 75 %, como medida de austeridad. Lo que parece una medida redistributiva para favorecer a los marginales es una política de bajos costos, porque los montos del apoyo a las familias y a los comercios medianos y pequeños no representan un gran gasto (Esquivel, 2020).¹⁰ Esto obligó a que el Banco de México y el Consejo Mexicano de Negocios gestionaran un crédito revolvente a 90 días, con el Banco Interamericano de Desarrollo, por 12 mil millones de dólares para el rescate de empresas, a través de créditos otorgados por la banca privada y de desarrollo. La política de endeudamiento se trasladó a los estados para construir los mecanismos de rescate económico; el estado de Jalisco solicitó créditos por 6 mil millones de pesos (272 millones de dólares); Guanajuato pidió 5 mil millones de pesos (227 millones de

10 Los préstamos a las empresas por 25 mil pesos (1,100 dólares); al 4 de agosto se habían otorgado 864 mil apoyos por 21 mil millones de pesos (933 md); la meta es otorgar un millón de créditos. Véase <https://www.gob.mx/se/videos/creditos-a-la-palabra-para-reactivar-la-economia-4-de-agosto-de-2020-unidossaldremosadelante?idiom=es>

dólares).¹¹ De los demás estados hay información opaca sobre sus endeudamientos y sus programas de rescate económico.

La negativa de apoyos federales a las grandes corporaciones se acompaña de medidas laxas para restringir sus operaciones durante la pandemia, tolerando que varias de ellas sigan trabajando (industria automotriz, maquiladoras, tiendas de servicios, textileras, entre otras).

Paralelamente a la reducción del gasto público siguieron adelante los grandes proyectos de infraestructura que beneficiarán a las grandes corporaciones y darán mayor poder a las fuerzas armadas. Por un lado, se inició la construcción del polémico Tren Maya, un megaproyecto de infraestructura que tiene como eje la red ferroviaria que “unirá” al sureste mexicano, y que incluye procesos de relocalización y concentración de personas en nuevos polos urbanos, al tiempo que se amplían las zonas turísticas (Ramírez y Veiga, 2020). Algo menos informado y discutido son las rutas de explotación de bienes naturales. Por otro lado, las fuerzas armadas siguen adquiriendo poder durante la pandemia; el Ejército es el encargado de la reconversión y operación de hospitales, así como de la construcción de un tramo del Tren Maya y del nuevo aeropuerto internacional del Valle de México; la Marina fue designada como la encargada de la administración de las aduanas y puertos, actividades a las que no están destinados los cuerpos castrenses, pero que dan cuenta del peso que tiene la presencia militar en la vida económica y política en tiempos de colapso en México.

Al mismo tiempo, otros poderes de facto difunden sus actividades de apoyo a las poblaciones marginadas. Los cárteles de la droga y otros grupos delictivos hicieron una campaña mediática con la entrega de despensas en las regiones en las que tenían control (Grillo, 2020). Mientras realizaban sus labores de asistencia continuaban con las actividades criminales sin ningún freno.

11 Véase <https://politica.expansion.mx/estados/2020/06/12/susanavigilancia-jalisco-y-guanajuato-adquieren-deuda-por-COVID-19>

La superexplotación de la fuerza de trabajo, el racismo y la apropiación de las riquezas naturales definen el modo de reproducción social de los países latinoamericanos desde antes de que la pandemia apareciera. Sin embargo, esta ha puesto en evidencia que los mecanismos de apropiación y ganancia no desaparecerán con una mayor intervención estatal, por el contrario, es de la mano de la gestión de la pandemia que se encubre la decadencia del modelo civilizatorio. En América Latina el impacto de la pandemia es mayor entre las poblaciones con menor acceso a servicios de salud, con servicios básicos irregulares o de mala calidad, es decir, las que viven en condiciones de hacinamiento, así como las que tienen trabajos informales y no pueden guardar el confinamiento durante largos periodos de tiempo, o que se han convertido en una pieza clave para que la rueda del capital no deje de girar: repartidores, mensajeros, choferes, cuidadoras, empleados de supermercados. La conservación del movimiento desmantela la estructura de todo el sistema, quedando solo fracciones que funcionan de manera plenamente capitalista. De seguir así, la rueda de la acumulación de ganancia y concentración del ejercicio del poder terminará girando sola, desprovista de la totalidad social que ponía en movimiento. Es difícil pensar una recomposición sistémica: asistimos a escenarios de reajuste cada vez más aislados entre sí, sin articulaciones orgánicas y sin poder reponer la complejidad del sistema en su conjunto.

Lo que resta

Asistimos al fin de los ciclos de recomposición sistémica; el proceso de “reequilibrio” anuncia una salida desesperada, una fuga hacia un futuro inédito. Vivimos tiempos póstumos: los tiempos del después de los ciclos de estabilización y reajuste. Habitamos un umbral: la preeminencia absoluta de la contingencia sanitaria, que sirve para ocultar y gestionar el colapso civilizatorio.

Pero el sistema no es una entidad viva, es resultado de la actividad de los sujetos, sus historias y su politicidad. Hoy las tres están de capa

caída, los sujetos que pelean por definir el rumbo del sistema ceden paso a los grandes actores económicos y médicos, en un terreno de batalla arrasado por las fuerzas destructivas del capital. La interiorización de la razón capitalista permea la mayoría de las conciencias; lo que se demuestra en el contexto de la pandemia es que resulta más fácil imaginar el fin del mundo por el virus que el fin del sistema que generó las condiciones para la existencia de este. Esto expresa una falta de correspondencia entre la lectura de la realidad, los deseos del tiempo venidero y la situación catastrófica que enfrenta el sistema capitalista. Mientras la reproducción articulada del sistema se vuelve imposible, miles de millones de personas que lo habitan no pueden imaginarse otro orden de cosas existente, al tiempo que siguen deseando que vuelva a funcionar como antes. La pandemia permite esa falta de congruencia entre la lectura del mundo y la situación del mundo, porque parece que el escenario incierto e inédito que vive la sociedad capitalista no es resultado de su propia debacle, sino de un factor externo, minúsculo, invisible: un virus.

Si se piensa al capitalismo como una totalidad que puede ser presentada bajo la imagen de una gran y compleja máquina, se puede entender que las medidas de confinamiento para contener la pandemia obligaron a detener algunas de sus actividades y con ello compensar el caos reinante en la totalidad del sistema. El freno originado por la pandemia permite enfriar partes de la maquinaria y con ello compensar la temperatura global. Pero es claro que las partes esenciales del funcionamiento no se pueden detener, aun a costa de minar las bases materiales de la sustentabilidad sistémica y de poner en riesgo las vidas abstractas que se pretenden defender. Basta mirar el precio negativo del petróleo: fue mejor pagar por su consumo que detener un proceso productivo central. En la pandemia la lógica autófaga del sistema se desnuda (Jappe, 2019).

Asistimos al colapso de la sociedad industrial, de su proyecto civilizatorio, de sus instituciones, de las prácticas que le dieron coherencia sistémica. No es un asunto de desarrollo, ni de desempleo, ni de inversiones, ni de

rentabilidad. La pandemia es el síntoma de una transformación de mayor dimensión. El tiempo nos obliga a pensar más allá de una pronta recuperación o de aminorar los efectos. Es oportunidad de pensar en otras formas de producir las bases materiales para las diversas formas de vivir.

Referencias

- Agamben, Giorgio. (2017). *Stasis. La guerra civil como paradigma político*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Agamben, Giorgio. (11 de mayo de 2020a). Biosicurezza e política. *Quodlibet*. Recuperado de www.quodlibet.it/giorgio-agamben-biosicurezza
- Agamben, Giorgio. (17 de marzo de 2020b). Chiarimenti. *Quodlibet*. Recuperado de: www.quodlibet.it/giorgio-agamben-chiarimenti
- Angus, Ian. (2016). *Facing the Anthropocene. Fossil Capitalism and the Crisis of the Earth System*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Banco Interamericano de Desarrollo. (28 de mayo de 2020). *BID aprueba crédito para enfrentar la pandemia del COVID-19 en El Salvador*. Recuperado de www.iadb.org/es/noticias/bid-aprueba-credito-para-enfrentar-la-pandemia-del-COVID-19-en-el-salvador
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (Julio de 2020a). *Sectores y empresas frente al COVID-19: emergencia y reactivación*. Santiago: Autor.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (Mayo de 2020b). *Informe sobre impacto económico en América Latina y el Caribe de la enfermedad por coronavirus (COVID-19)*. Santiago: Autor.
- Chesnais, François. (12 de abril de 2020a). L'état de l'économie mondiale au début de la grande récession COVID-19: repères historiques, analyses et illustrations. *A l'encontre*. Recuperado de <https://alencontre.org/laune/letat-de-leconomie-mondiale-au-debut-de-la-grande-recession-COVID-19-reperes-historiques-analyses-et-illustrations.html>
- Chesnais, François. (4 de julio de 2020b). Un système financier mondial ultra-parasitaire qui bénéficie d'une protection indéfectible. *A l'encontre*. Recuperado de <https://alencontre.org/economie/un-systeme-financier-mondial-ultra-parasitaire-qui-beneficie-dune-protection-indefectible.html>

- Davis, Mike. (14 de marzo de 2020). Mike Davis on Coronavirus: “In a Plague Year”. *Jacobin*. Recuperado de: <https://jacobinmag.com/2020/03/mike-davis-coronavirus-outbreak-capitalism-left-international-solidarity/>
- De Freitas Paes, Caio. (22 de mayo de 2020). Quem ganha com a nova lei que admite venda de imóveis em terras indígenas. *Mongabay*. Recuperado de brasil.mongabay.com/2020/05/quem-ganha-com-a-nova-lei-que-admite-venda-de-imoveis-em-terras-indigenas/
- Esquivel, Gerardo. (Julio de 2020). Los impactos económicos de la pandemia en México. Recuperado de www.banxico.org.mx/publicaciones-y-prensa/articulos-y-otras-publicaciones/%7BD442A596-6F43-D1B5-6686-64A2CF2F371B%7D.pdf
- Estadão. (14 de julio de 2020). Mais de 396 mil servidores e militares receberam auxílio emergencial irregularmente. *Estado de Minas*. Recuperado de www.em.com.br/app/noticia/economia/2020/07/14/internas_economia,1166797/mais-de-396-mil-servidores-militares-receberam-auxilio-irregularmente.shtml
- Food and Agriculture Organization of the United Nations. (2016). *State of the world's forests. Forest and agriculture: land-use challenges and opportunities*. Roma: Food and Agriculture Organization. Recuperado de www.fao.org/3/i5588e/i5588e.pdf
- Foster, John Bellamy and Suwandi, Intan. (2020). COVID-19 and Catastrophe Capitalism. Commodity Chains and Ecological-Epidemiological-Economic Crises. *Monthly Review*, 72(2), pp. 1-20.
- Fundación Heinrich Böll. (Junio de 2014). *Atlas de la carne. Hechos y cifras sobre los animales que comemos*. Santiago: Autor. Recuperado de www.boell.de/sites/default/files/atlasdelacarne.pdf
- Gobierno de El Salvador. (Abril de 2020a). *Decreto ejecutivo número 20*. Recuperado de COVID19.gob.sv/decreto-ejecutivo-no-20/
- Gobierno de El Salvador. (21 de marzo de 2020b). *Decreto ejecutivo número 12*. Recuperado de COVID19.gob.sv/el-organo-ejecutivo-en-el-ramo-de-salud-considerando/
- Goodwin, Zachary. (2 de julio de 2020). Letalidad policial continúa en Brasil durante la pandemia. *Insight Crime*. Recuperado de es.insightcrime.org/noticias/noticias-del-dia/letalidad-policial-brasil-pandemia/

- Governments must beware the lure of free money. Budget constraints have gone missing. That presents both danger and opportunity. (25 de julio de 2020). *The Economist*. Recuperado de www.economist.com/leaders/2020/07/23/governments-must-beware-the-lure-of-free-money
- Grillo, Ioan. (7 de julio de 2020). Los cárteles del narcotráfico de México son los ganadores del coronavirus. *The New York Times*. Recuperado de www.nytimes.com/es/2020/07/07/espanol/opinion/coronavirus-carteles-drogas-mexico.html
- Harvey, David. (20 de marzo de 2020). Anti-Capitalist Politics in the Time of COVID-19. *Jacobin*. Recuperado de jacobinmag.com/2020/03/david-harvey-coronavirus-political-economy-disruptions
- Hopkins, Terence and Wallerstein, Immanuel. (1996). *The age of Transition. Trajectory of the World-System 1945-2025*. Londres: Zed Books.
- Human Right Watch. (15 de abril de 2020). *El Salvador: Abusos Policiales en la Respuesta a la COVID-19*. Recuperado de www.hrw.org/es/news/2020/04/15/el-salvador-abusos-policiales-en-la-respuesta-la-COVID-19
- Industry in China. The march of the zombies. China's excess industrial capacity harms its economy and riles its trading partners. (27 de febrero de 2016). *The Economist*. Recuperado de www.economist.com/business/2016/02/27/the-march-of-the-zombies
- Institute of International Finance. (16 de julio de 2020). *Global Debt Monitor: Sharp Spike in Global Debt Ratios*. Recuperado de www.iif.com/Research/Capital-Flows-and-Debt/Global-Debt-Monitor
- Intergovernmental Panel on Climate Change. (2014). *Cambio climático*. Ginebra: Autor.
- International Crisis Group. (8 de julio de 2020). *¿Milagro o espejismo? Pandillas y el desplome de la violencia en El Salvador*. Recuperado de www.crisisgroup.org/es/latin-america-caribbean/central-america/el-salvador/81-miracle-or-mirage-gangs-and-plunging-violence-el-salvador.
- Jappe, Anselm. (2011). *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Jappe, Anselm. (2019). *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y auto-destrucción*. Logroño: Pepitas de calabaza.

- Koselleck, Reinhart. (2012). Algunas cuestiones sobre la historia conceptual de “crisis”. En *Historias de conceptos* (pp. 131-142). Madrid: Trotta.
- Lazzarato, Maurizio. (2015). *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martínez, Óscar y Martínez, Carlos. (30 de abril de 2020). Pandemia con pandillas en El Salvador. *El País*. Recuperado de elpais.com/elpais/2020/04/28/eps/1588078228_930360.html
- Marx, Karl. (2011). *El capital* (t. III, vol. 6). México: Siglo XXI Editores.
- McKinsey Global Institute. (1 de diciembre de 2015). *Digital America: A tale of the haves and have-mores*. Recuperado de www.mckinsey.com/industries/technology-media-and-telecommunications/our-insights/digital-america-a-tale-of-the-haves-and-have-mores.
- McKinsey Global Institute. (Agosto de 2017). *China’s digital economy: a leading global force*. Recuperado de: www.mckinsey.com/~media/mckinsey/featured%20insights/China/Chinas%20digital%20economy%20A%20leading%20global%20force/MGI-Chinas-digital-economy-A-leading-global-force.ashx
- Milanez, Felipe y Vida, Samuel. (1 de junio de 2020). *Pandemia, racismo e genocídio indígena e negro no Brasil: coronavírus e a política de extermínio*. Recuperado de <https://www.clacso.org/en/pandemia-racismo-e-genocidio-indigena-e-negro-no-brasil-coronavirus-e-a-politica-de-extermínio/>
- Moore, Jason W. (2015). *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*. Nueva York: Verso.
- Muniz, Bianca; Fonseca, Bruno y Pina, Rute. (6 de mayo de 2020). *Em duas semanas, número de negros mortos por coronavírus é cinco vezes maior no Brasil*. Recuperado de apublica.org/2020/05/em-duas-semanas-numero-de-negros-mortos-por-coronavirus-e-cinco-vezes-maior-no-brasil/
- Nadal, Alejandro. (11 de marzo de 2020). La crisis se anunciaba antes del coronavirus. *La Jornada*. Recuperado de www.jornada.com.mx/2020/03/11/economia/019a1eco.
- Oxford Online Etymology Dictionary. (2020). *Collapse*. Recuperado de www.etymonline.com/word/collapse

- Pérez Correa, Catalina. (18 de junio de 2020). La brutalidad policial también es sistémica en México. *New York Times*. Recuperado de www.nytimes.com/es/2020/06/18/espanol/opinion/policias-mexico-giovanni-lopez.html
- Phillips, Dom. (9 de junio de 2020). “Enormous disparities”: coronavirus death rates expose Brazil’s deep racial inequalities. *The Guardian*. Recuperado de www.theguardian.com/world/2020/jun/09/enormous-disparities-coronavirus-death-rates-expose-brazils-deep-racial-inequalities
- Ramírez, Sandy y Veiga, Josué G. (10 de abril de 2020). Tren Maya: máquina imparable de despojo empresarial. *América Latina en movimiento*, (547). Recuperado de www.alainet.org/es/articulo/205814
- Rauda, Nelson. (22 de marzo de 2020). Abogados advierten de posibles detenciones ilegales por la cuarentena. *El Faro*. Recuperado de elfaro.net/es/202003/el_salvador/24155/Abogados-advierten-de-posibles-detenciones-ilegales-por-la-cuarentena.htm
- Ribeiro, Silvia. (2020). La fábrica de pandemias. En *La fiebre* (pp. 49-58). Buenos Aires: Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio. Recuperado de: http://postino.fundacionstart.org.ar/img_mailing/LaFiebrePensamiento-contemporaneoentiemposdePandemia-ab2020.pdf
- Rosengren, Linda y Seeberg-Elverfeldt, Christina. (2011). Agricultural expansion and deforestation. *UN-RED Report*. Recuperado de unclearn.org/sites/default/files/inventory/fao57.pdf
- Roy, Arundhati. (3 de abril de 2020). The Pandemic is a Portal. *Financial Times*. Recuperado de www.ft.com/content/10d8f5e8-74eb-11ea-95fe-fcd274e920ca
- Ruiz, Susana. (27 de julio de 2020). ¿Quién paga la cuenta? Gravar la riqueza para enfrentar la crisis de la COVID-19 en América Latina y el Caribe. Recuperado de www.oxfam.org/es/informes/quien-paga-la-cuenta-gravar-la-riqueza-para-enfrentar-la-crisis-de-la-COVID-19-en-america
- Servigne, Pablo y Stevens, Raphaël. (2015). *Comment tout peut s’effondrer*. París: Seuil.
- Steffen, Will; Richardson, Katherine; Rockström, Johan; Cornell, Sarah; Fetzer, Ingo; Bennett, Elena, Biggs, Reinette, ... Sörlin, Sverker. (13 de febrero de 2015). Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet. *Science*, 347(6223). Recuperado de <https://science.sciencemag.org/content/347/6223/1259855>

- Taibo, Carlos. (2016). *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*. Madrid: Catarata.
- Teran-Mantovani, Emiliano. (27 de julio de 2020). Los ritmos de la ‘nueva normalidad’: coordenadas del extractivismo en la pandemia en América Latina. *Observatorio plurinacional de aguas*. Recuperado de <https://oplas.org/sitio/2020/07/27/emiliano-teran-mantovani-los-ritmos-de-la-nueva-normalidad-coordenadas-del-extractivismo-en-la-pandemia-en-america-latina/>
- Toussaint, Eric. (21 de julio de 2020a). El Banco Mundial vio venir la crisis. Recuperado de www.cadtm.org/El-Banco-Mundial-vio-venir-la-crisis
- Toussaint, Eric. (5 de marzo de 2020b). No, el coronavirus no es responsable de las caídas en las bolsas. Recuperado de www.cadtm.org/No-el-coronavirus-no-es-responsable-de-las-caidas-en-las-bolsas
- Toussaint, Eric. (24 de marzo de 2020c). El ABC de la deuda contra los pueblos (Parte III): América Latina y Caribe. Recuperado de www.cadtm.org/El-abc-de-la-deuda-contra-los-pueblos-Parte-III-America-Latina-y-Caribe
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division. (2019). *World Urbanization Prospects: The 2018 Revision*. Nueva York: Autor. Recuperado de population.un.org/wup/Publications/Files/WUP2018-Report.pdf
- Wallace, Rob. (2016). *Big Farms Make Big Flu. Dispatches on Infections Disease, Agribusiness, and the Nature of Science*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Wallace, Rob; Liebman, Alex; Chaves, Luis Fernando and Wallace, Rodrick. (2020). COVID-19 and Circuits of Capital: New York to China and Back. *Monthly Review* 72(1), 1-15.
- Wallerstein, Immanuel. (2015). La crisis estructural, o por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. En Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann, Georgi Derluguian y Craig Calhoun *¿Tiene futuro el capitalismo?* (pp. 15-46). México: Siglo XXI Editores.
- World Bank Group. (2020). *International Debt Statistics World Bank*. Recuperado de: <https://openknowledge.worldbank.org/bitstream/handle/10986/32382/9781464814617.pdf>